

Manifestaciones del discipulado

«Recordando sin cesar vuestra obra de fe, vuestro trabajo de amor y vuestra paciencia de esperanza en nuestro Señor Jesús, ante Dios y nuestro Padre».

1 Tesalonicenses 1:3

Los discípulos de Cristo son aquellos que han aceptado a Jesús como su redentor. Además, han dedicado sus vidas a la causa divina representada en él al aceptar su invitación a tomar su cruz y seguir sus huellas, incluso hasta la muerte. (Mateo 16:24). La palabra «discípulo» significa «alumnos o aprendices», y los discípulos de Cristo reciben su enseñanza de Jesús, a quien aceptan como su Maestro y cuyas instrucciones reflejan la voluntad de su Padre Celestial.

Jesús dijo de Natanael: «¡He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño!» (Juan 1:47). Esto implica que en los días de Jesús había quienes eran considerados israelitas, pero que no lo eran, en el sentido de que sus vidas no estaban suficientemente en sintonía con la voluntad del Dios de Israel. Por ello, no aceptaron a Jesús como su Mesías prometido. Lo mismo ocurre con respecto al Israel espiritual en la actualidad, compuesto por los discípulos de Cristo. Hay discípulos «de verdad». Sin embargo, también hay quienes profesan ser seguidores de Jesús, pero que son discípulos solo de nombre, porque no cumplen con las enseñanzas del Maestro.

La sinceridad de corazón es uno de los requisitos básicos para el verdadero discipulado. Los que son sinceros se esforzarán por manifestar su profesión no solo con palabras, sino también con hechos. El apóstol Juan escribió: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto sabemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él». 1 Juan 3:18, 19

Los hermanos de Tesalónica, a quienes va dirigido nuestro texto inicial, eran evidentemente muy fieles «en obra y en verdad», demostrando la autenticidad de su compromiso como discípulos. Pablo los elogió por su obra de fe, su labor de amor y su paciencia en la esperanza. Todo verdadero discípulo de Cristo debe poseer una fe capaz de mover montañas, estar lleno de amor y ser paciente y perseverante en el servicio al Señor, a la Verdad y a los hermanos.

Obra de fe

Pablo elogió a los hermanos de Tesalónica por su «obra de fe». Esta es una expresión muy acertada, pues donde existe la verdadera fe, inevitablemente habrá obras asociadas a ella. Santiago lo resumió muy bien cuando escribió: «La fe, si no tiene obras, está muerta, estando sola. Sí, un hombre puede decir: “Tú tienes fe, y yo tengo obras; muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras” (Santiago 2:17, 18). La ilustración que utilizó Santiago fue el caso de un hermano o hermana pobre que se une a nuestra comunidad. (Santiago 2:15, 16). Si se ignora a esa persona, se revela una falta de las obras que deberían proceder de una fe verdadera.

Hay muchas formas en que la fe obra. En su carta a los hermanos hebreos, Pablo menciona muchas de

ellas. Citando partes de este relato, leemos: «Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que el de Caín, un h a; ... Por la fe Noé, habiendo sido advertido por Dios de cosas que aún no se veían, movido por temor, preparó un arca para la salvación de su casa; ... Por la fe Abraham, cuando fue llamado para salir a un lugar que después recibiría como herencia, obedeció; ... Por la fe también Sara recibió fuerza para concebir descendencia, y dio a luz un hijo cuando ya había pasado la edad; ... Por la fe Abraham, cuando fue puesto a prueba, ofreció a Isaac; ... Por la fe Jacob, cuando estaba a punto de morir, bendijo a los dos hijos de José; ... Por la fe José, al morir, hizo mención de la salida de los hijos de Israel, y dio instrucciones acerca de sus huesos; ... Por la fe Moisés, cuando llegó a la madurez, rechazó ser llamado hijo de la hija del Faraón, escogiendo más bien sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que disfrutar de los placeres del pecado por un tiempo». Hebreos 11:4-25

Estas son solo algunas de las manifestaciones de fe que Pablo extrajo de las vidas de muchos personajes del Antiguo Testamento. Luego añade: «¿Qué más diré? Porque no me bastaría el tiempo para hablar de Gedeón, de Barac, de Sansón y de Jefté; tampoco de David, de Samuel y de los profetas: quienes por la fe conquistaron reinos, hicieron justicia, obtuvieron promesas, taparon las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, de débiles se hicieron fuertes, se mostraron valientes en la batalla, pusieron en fuga a ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron a sus muertos resucitados». Hebreos 11:32-35

Aquí Pablo menciona las obras de la fe en casos en los que el Señor recompensó a los fieles de maneras que demostraban su agrado hacia ellos. Luego continúa: «Otros sufrieron pruebas de burlas crueles y azotes e es, sí, además de ataduras y encarcelamiento; fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada; anduvieron de aquí para allá vestidos de pieles de ovejas y de cabras; despojados, afligidos, atormentados; (de quienes el mundo no era digno); vagaban por desiertos, y por montañas, y por cuevas y cavidades de la tierra». Hebreos 11:36-38

Como se muestra aquí, muchos tuvieron experiencias de prueba y persecución porque, a través de su fe, defendieron la causa del Señor y no se comprometieron con los poderes del mal que los rodeaban. Un buen ejemplo de ello es el caso de los tres amigos de Daniel, quienes se negaron a postrarse ante la imagen que se había erigido por orden de Nabucodonosor. Aquellos que se negaran a adorar esta imagen serían arrojados a un horno ardiente y destruidos. (Daniel 3:1-12). Cuando se les concedió una segunda oportunidad, y tras una advertencia de Nabucodonosor, estos fieles y valientes dijeron: «Si así es, nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiente, y él nos librará de tu mano, oh rey. Pero si no, que sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni adoraremos la imagen de oro que has erigido». Daniel 3:17,18

Aquí la obra de la fe fue la negativa a adorar la imagen de oro que Nabucodonosor había erigido. Estos tres hebreos tuvieron fe para creer que su Dios era capaz de librarlos de una muerte cruel en un horno ardiente. Por otro lado, no sabían si esa sería la voluntad de

Dios para ellos. Sin embargo, la fe les dio la victoria sobre la tentación, independientemente de cuál fuera el resultado. Tenían fe para creer que, si morían, era porque su Dios veía que esa e e sería lo mejor. Su verdadera esperanza era la liberación en «una mejor resurrección». Hebreos 11:35

El amor se esfuerza

Hay muchas formas en que el amor se manifiesta. A los hermanos hebreos, Pablo escribió: «Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, al haber ministrado a los santos y seguir ministrando» (Hebreos 6:10). Aquí, la «labor de amor» a la que se hace referencia es en favor de los hermanos. Esto concuerda con la instrucción del Maestro de que debemos amarnos unos a otros como él nos amó. Su amor por nosotros le llevó a dar su vida por nosotros. Así, en su exhortación, Juan escribió que debemos estar llenos de amor: «Debemos dar nuestra vida por los hermanos». 1 Juan 3:16

La obra de amor es voluntaria. Uno puede sentirse impulsado por el amor, pero no obligado. El amor se basa en el desinterés y proviene de Dios. En Dios tenemos el ejemplo supremo del amor. Todas sus obras creadoras son, desde cierto punto de vista, evidencia de su amor. Él no necesitaba las cosas que creó. Eran para el beneficio de su creación. La demostración más destacada del amor de Dios está en el don de su Hijo engendrado para ser el redentor y Salvador del mundo. «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo engendrado, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna». Juan 3:16

En varios pasajes del Nuevo Testamento, la palabra griega «ágape» —que significa «amor»— se traduce como «caridad». Aunque la mayoría de los estudiosos de la Biblia prefieren el término «amor» en lugar de «caridad», la caridad pura se acerca más, en su significado, a lo que las Escrituras describen como el amor divino. La caridad es el acto de dar a aquellos de quienes, e , no cabe esperar nada a cambio. Así fue en el don de Dios de su Hijo. Al aceptar este don, lo hacemos con el entendimiento de que no hay nada que podamos hacer para pagarlo. Lo único que podemos hacer es expresar nuestro agradecimiento aceptando el don y dedicando nuestras vidas de todo corazón a quien lo dio.

El amor se esfuerza, el amor da, y así el amor se manifiesta en el servicio al Señor, a la Verdad y a los hermanos —todo ello «sin condiciones». Donde el amor llena el corazón, habrá obras de amor. Habrá sacrificios diarios en favor de los demás, especialmente de los hermanos. Habrá un celo ardiente por servir al Señor y proclamar sus alabanzas. Cuando no hay tales manifestaciones, simplemente significa que falta el amor. Como preguntó Juan: «¿Cómo mora el amor de Dios» en alguien así? 1 Juan 3:17

Pablo menciona otras obras de amor que deben estar en los corazones y en la vida de los discípulos del Señor. «El amor es paciente, es benigno; [...] no envidia; [...] no se jacta, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita fácilmente, no piensa mal; no se regocija con la injusticia, sino que se regocija con la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta. El amor nunca falla». (1 Corintios 13:4-8). No cabe

esperar que, en nuestra carne caída, podamos estar tan llenos de amor como para estar a la altura de estas diversas cualidades. Sin embargo, si tenemos el deseo sincero de hacerlo, se manifestarán en gran medida en nuestra relación con los demás y también hacia aquellos con quienes entramos en contacto en el mundo.

Esperando con paciencia

Pablo también elogia la «paciencia de la esperanza en nuestro Señor Jesús» de los hermanos de Tesalónica. En otro pasaje escribió: «Somos salvos por la esperanza; pero la esperanza que se ve no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿por qué lo espera aún?» (Romanos 8:24). Como discípulos de Cristo, esperamos las cosas que el Señor ha prometido, las cosas que aún no vemos. Entre estas, la principal en la Iglesia primitiva era el establecimiento del reino de Cristo, en el que esperaban vivir y reinar con él (Revelación 20:6). Nos regocijamos al darnos cuenta de que vivimos cada vez más cerca de ese momento, pero seguimos esperando el cumplimiento de la esperanza de vivir y reinar con Cristo. Nosotros, al igual que los discípulos de la Iglesia primitiva, seguimos necesitando la «paciencia de la esperanza».

Esta espera requiere paciencia y resistencia, porque mientras esperamos hay pruebas que soportar. Pablo escribió de nuevo: «Nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, experiencia; y la experiencia, esperanza; y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el espíritu santo que nos ha sido dado». Romanos 5:3-5

En el libro de Hebreos, leemos acerca del prometido regreso de Cristo, que está directamente relacionado con la necesidad de paciencia de los discípulos. «Necesitáis paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poco, y vendrá aquel que ha de venir, y no tardará. Ahora bien, el justo vivirá por la fe; pero si alguno se retira, mi alma no se complacerá en él». (Hebreos 10:36-38). Del apóstol Santiago leemos: «Sed, pues, pacientes, hermanos, hasta la venida [griego: presencia] del Señor. Mirad, el labrador espera el precioso fruto de la tierra, y tiene mucha paciencia por él, hasta que reciba la lluvia temprana y tardía. Sed también vosotros pacientes; fortaleced vuestros corazones, porque la venida [presencia] del Señor se acerca». Santiago 5:7,8

En su providencia, el Señor ha permitido a menudo que su pueblo supusiera que los acontecimientos en el desarrollo de su plan estaban más cerca de lo que a menudo han resultado estar. Esto es particularmente cierto con respecto al regreso de Cristo y el establecimiento de su reino. Muchos de los discípulos de la Iglesia primitiva creían que el regreso de Cristo estaba muy cerca. Sin embargo, Pedro y otros pudieron ver, antes de terminar su carrera, que no tendría lugar en su época. Es dudoso, sin embargo, que alguno se diera cuenta de que transcurrirían tantos siglos antes de que se produjera este acontecimiento destacado en el plan de Dios.

Aun así, esta gloriosa esperanza era tan preciosa que cada día esperaban su realización ejerciendo la paciencia y la perseverancia. Así fue con los hermanos de Tesalónica y, a juzgar por la observación de Pablo en nuestro texto destacado, esperaron

pacientemente el cumplimiento de su esperanza de la manera adecuada, continuando activos en el servicio del Señor. Esperaron activamente.

Proclamando el mensaje

En el pasaje bíblico que nos ocupa, cuando el apóstol Pablo elogió a los hermanos de Tesalónica por su obra de fe, se refería a su labor de proclamar el Evangelio de Cristo. Esto queda patente en el contexto de las palabras del apóstol. En los versículos siguientes leemos: «Nuestro evangelio no llegó a vosotros solo en palabra, sino también en poder, y en el espíritu santo, y en plena convicción, como bien sabéis qué clase de hombres fuimos entre vosotros por causa vuestra. Y vosotros os hicisteis imitadores nuestros y de el Señor, habiendo recibido la palabra en medio de mucha aflicción, con el gozo del espíritu santo; de modo que fuisteis ejemplo para todos los que creen en Macedonia y Acaya. Porque de vosotros se ha difundido la palabra del Señor no solo en Macedonia y Acaya, sino también en todo lugar se ha difundido vuestra fe hacia Dios; de modo que no necesitamos decir nada». 1 Tesalonicenses 1:5-8

Aquí Pablo habla de la forma en que dio testimonio del Evangelio a aquellos que se habían convertido en discípulos en Tesalónica. Su celo y fidelidad se habían manifestado ante ellos. Menciona que se habían convertido en seguidores suyos, tal como él lo era de Cristo, imitando su celo misionero al proclamar las buenas nuevas. Por eso, ellos a su vez se habían convertido en ejemplo «para todos los que creen en Macedonia y Acaya». Luego explica por qué: «Porque de vosotros ha salido la palabra del Señor, no solo en Macedonia y Acaya, sino también en todo lugar donde

se ha difundido vuestra fe en Dios». ¡Estas son declaraciones notables!

Jesús, nuestro Señor y Maestro, de quien profesamos ser discípulos, nos dejó instrucciones de que fuéramos sus testigos por toda la tierra (Mateo 28:19; Hechos 1:8). Si tenemos fe en él y en su liderazgo, obedeceremos sus instrucciones. No obedecer de todo corazón sería evidencia de falta de fe, pues esta obra de fe estaría ausente de nuestra vida cotidiana. Seamos más bien como los hermanos de Tesalónica, que proclamaron la Palabra del Señor por todas partes. Así, dieron prueba de su fidelidad al seguir el ejemplo que les había dado Pablo. Lo siguieron tal como él siguió a Jesús, quien a su vez también fue fiel en proclamar el Evangelio del reino. Mateo 4:17; Lucas 4:43

La misma prueba hoy

Nosotros, en la actualidad, estamos en una posición mucho más informada con respecto al desarrollo del plan de Dios que aquellos de la Iglesia primitiva. Sin embargo, la prueba de perseverar con paciencia también recae sobre nosotros. A todos nos gustaría ver una rápida realización de nuestras esperanzas del reino, pero no tenemos ninguna seguridad de cuándo será esto. Al igual que los hermanos en los días de Pablo, también se nos instruye a seguir entregando nuestras vidas al servicio del Señor sin saber cuánto tiempo más se nos pedirá que sirvamos, nos sacrifiquemos y suframos de esta manera.

Por eso necesitamos la paciente perseverancia de la esperanza. Es esta paciencia la que nos permitirá mantener nuestra esperanza, independientemente de cuánto tiempo dure la espera, y por muy duras que

sean nuestras experiencias en el servicio del Señor mientras esperamos activamente. Esta es, sin duda, una prueba de resistencia. No perdamos nuestro entusiasmo inicial por la Verdad y su servicio simplemente porque parezca haber un retraso en la realización de nuestras esperanzas. Dios es un cronometrador perfecto, y cada detalle de su plan se está cumpliendo exactamente cuando Él ha decretado que así sea. Si a nosotros nos parece que la visión tarda en llegar, reconozcamos que en realidad no es así. (Habacuc 2:3; Hebreos 10:37). Más bien, el Señor está poniendo a prueba nuestra paciencia en la esperanza y observando para ver cuán celosos en su servicio seguiremos siendo, independientemente de lo larga que pueda parecer la espera.

Cuando Pablo aseguró a los hermanos hebreos que Dios no era injusto para olvidar su labor de amor, añadió: «Deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma diligencia hasta la plena seguridad de la esperanza hasta el fin». (Hebreos 6:10, 11). No basta con que nuestra obra de fe, nuestro trabajo de amor y nuestra paciencia en la esperanza continúen ya sea por un breve tiempo o por muchos años. La prueba del verdadero discipulado e e es la fidelidad hasta el final del camino estrecho, incluso hasta la muerte. «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida». Revelación 2:10

Al explicar la parábola del sembrador, Jesús dijo: «La parábola es esta: La semilla es la palabra de Dios. Los que están junto al camino son los que oyen; luego viene el diablo y quita la palabra de sus corazones, para que no crean y sean salvos. Los que están sobre la roca son los que, cuando oyen, reciben la palabra con alegría; pero no tienen raíz, y creen por un tiempo,

pero en el momento de la tentación se apartan. Y los que cayeron entre espinos son los que, cuando han oído, salen y son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de esta vida, y no llevan el fruto a la madurez. Pero los que cayeron en buena tierra son los que, con un corazón honesto y bueno, habiendo oído la palabra, la guardan y dan fruto con paciencia». Lucas 8:11-15

La semilla que cayó entre espinos contiene una advertencia especial para todos los discípulos del Señor. Debemos estar alerta para que las preocupaciones de esta vida no interfieran indebidamente en nuestra obra de fe y nuestro trabajo de amor. «La perseverancia paciente en hacer el bien» es la mejor protección contra este peligro, junto con la oración por la fuerza inquebrantable para seguir trabajando hasta que nuestra carrera haya terminado. Romanos 2:7

Por último, en cuanto al siervo que administró fielmente los bienes del Señor, leemos en la parábola de los talentos: «Su señor le dijo: Bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te pondré a cargo de mucho; entra en el gozo de tu señor». (Mateo 25:21). Que cada uno de nosotros continúe fielmente su obra de fe, su labor de amor y su paciencia de esperanza, «ante Dios y nuestro Padre», hasta el final de nuestra estancia terrenal.